

CAPÍTULO SÉPTIMO

DIMENSIÓN CULTURAL DE LOS CONFLICTOS: UNIVERSALIDAD Y MESTIZAJE, RAZÓN ESTRATÉGICA DE ESPAÑA

DIMENSIÓN CULTURAL DE LOS CONFLICTOS: UNIVERSALIDAD Y MESTIZAJE, RAZÓN ESTRATÉGICA DE ESPAÑA

Por ANDRÉS GONZÁLEZ MARTÍN

Comentarios reales de un indio español

Gómez Suárez de Figueroa, hijo de una princesa india y un capitán español, nacido en Cuzco, capital del antiguo Imperio Inca, publicó en Lisboa en 1609 sus *Comentarios Reales*. Miembro de la primera generación mestiza, conoció a Francisco y Gonzalo de Pizarro, Diego de Almagro, Francisco de Carvajal y otros de los grandes personajes protagonistas de la conquista española del Perú. Con sus *Comentarios Reales* se propuso recuperar la memoria de su cultura inca desde su doble condición de indio y español. De esta manera, quiso corregir algunas equivocadas aportaciones que los cronistas españoles habían escrito sobre la historia incaica. El resultado de su trabajo en los *Comentarios Reales* llegó a ser tan importante como para convertirse en su época en la versión más autorizada de la historia peruana.

Realmente no es difícil entender la necesidad de puntualizar, aclarar y rectificar las apreciaciones, juicios e interpretaciones de los primeros españoles que al llegar a Perú escribieron la historia del Imperio Inca y describieron sus costumbres y cultura. Nada es más difícil de conocer que un país extranjero. Siendo siempre difícil, el grado de dificultad es creciente con la distancia cultural y tecnológica. Cuanto mayor es la asimetría cultural más difícil es comprender lo que está pasando en ese otro mundo, viejo o nuevo, con el que nos encontramos. La acumulación de

datos no suple nunca la impresión directa, la vivencia de una forma de vida. Ortega decía que un pueblo es un sistema también de secretos que no pueden ser descubiertos sin más desde fuera. El secreto y el misterio de repente se convierten en la clave que abre el entendimiento, posibilitando la relación sobre una acertada interpretación de las percepciones y de sus significados.

Los secretos de una cultura no están al alcance de los recién llegados, aunque tengan muchos títulos, aunque sean españoles. En algunos casos cuantos más títulos, más prejuicios. Por eso la labor del intérprete es fundamental. La interrelación para ser fecunda necesita de intermediarios capaces de trasladar con precisión los mensajes que llegan de uno y otro lado. Esta tarea exige un profundo y vital conocimiento de los mitos, narrativas, creencias y costumbres de los mundos que entran en contacto. Nuestro amigo el Inca Garcilaso de la Vega quiso, a la vista de los errores, corregir con su interpretación desde dentro la falsedad de los juicios de los observadores ajenos al mundo americano en Perú. Trató de desvelar los secretos que se esconden detrás de las palabras y los gestos, no sólo para hacerlos inteligibles sino también verdaderos. Su inquietud refleja el convencimiento de que sólo cuando se incorporan los misterios en los que se funda una civilización se puede articular su red de significados. Este enfoque obliga a tratar a los mitos y narrativas como material de inteligencia, en los que se velan y desvelan los anhelos, los miedos, los valores y los intereses de un pueblo.

Por supuesto, la Historia tiene también su papel, no sólo porque los mitos son un producto de la Historia y cambian con el tiempo sino porque ellos la configuran. Nada humano se entiende sin contar una historia y el marco donde esa historia se comprende es una secreta urdimbre de experiencias y sueños ordenados en mitos y narrativas.

El interés por los mitos y la Historia, la defensa cerrada de la compatibilidad de sangres y culturas y la apuesta por el potencial multiplicador del mestizaje no son sólo una necesidad personal, una necesidad biológica, que se pudiera entender justificada por su mitad española y su mitad india. La acción de Garcilaso es militante, responde a un convencimiento, a una intuición inspirada por un ansia de universalidad. La incorporación de distintos flujos culturales a un único mar del medio, que abrazado por la tierra la incluye, es saludable para el destino de la Historia:

«Garcilaso quiso inferir que la asimilación de otras culturas enriquecía al mundo occidental y que al efectuarse esa convergencia

también se consolidaría el deseado protagonismo universal de la cristiandad» (1).

Para los más adelantados en el siglo XVI cada paso de civilización, sin importar el idioma, es un paso valioso para la humanidad entera. Desde la universalidad, teniendo presente la igual dignidad de todos los hombres, las diferencias culturales son sólo accidentes que se dispersan con el paso del tiempo y el soplo del aire. La confluencia de varias corrientes culturales permite al flujo que las recoge ser más consciente de su destino. Las diferentes aportaciones otorgan una ventaja, en tanto que cada una es capaz de humanizar un espacio que de otra forma se perdería.

Para un español de las Indias, el mundo en el siglo XVI estaba cerrado. La mundialización, antes que un producto de la tecnología, era consecuencia de la creencia en la igual dignidad de todos los hombres:

«Se podrá afirmar que no hay más que un mundo y aunque lo llamamos Mundo Viejo y Mundo Nuevo, es por haber descubierto este nuevamente para nosotros, y no porque sean dos, sino todo uno» (2).

Muchos después y como un descubrimiento extraordinario llegarían a esta misma conclusión. En el año 1950 Karl Jasper afirmaba que:

«El hecho decisivo es que ya no hay un fuera. El mundo se cierra. La unidad de la Tierra está constituida. Surgen nuevas posibilidades y nuevos peligros. Todos los problemas esenciales son problemas mundiales, y la situación, una situación de la humanidad entera» (3).

Los españoles muchos siglos antes, sin tener clara la unidad del mundo, sí tenían clara la unidad de la humanidad. La cuestión entonces no tenía que ver con que la Tierra fuese lo bastante grande o no para alojar varios mundos, varios espacios, en cuyo ámbito puedan los hombres amantes de la libertad defender su propia sustancia. La cuestión es que, una vez descubierto que todos los hombres son libres e iguales, la humanidad se constituye.

La visión de lo que hay más allá del horizonte, del hombre que vive lejos y fuera de casa, podrá seguir siendo especulativa pero no tanto como

(1) PUPO-WALKER, Enrique: *Introducción a los Comentarios Reales del Inca Garcilaso de la Vega*.

(2) VEGA, Garcilaso de la: *Los Comentarios Reales*.

(3) JASPER, Karl: «Origen y meta de la Historia», *Revista de Occidente*, Madrid, 1950.

para negar su igual dignidad, en tanto que también comparte la Filiación Divina. La nueva cartografía de lo desconocido no deshumaniza al extraño. Este planteamiento no elimina los conflictos pero al hacer saltar la distinción entre el *homo humanus*, el romano, y el *homo barbarus*, el extranjero, modifica su naturaleza. La continuidad geográfica de lo humano altera el tipo de reconocimiento que se plantea en el momento del encuentro con el otro, aunque sea, normalmente es, conflictivo. El dejar de reconocer al contendiente como un demonio monstruoso modifica el conflicto pero sobre todo la paz que viene después. El afán por eliminar o esclavizar al vencido es sustituido por el deseo de civilizarlo, de incorporarlo a un orden superior y compartido capaz de reconocer la humanidad del bruto y condenar la brutalidad del civilizado. La nueva jerarquía entre los hombres no la marca su nivel de desarrollo sino su grado de virtud, el merito sustituye a la identidad, al menos sobre el papel. La vara de medir deja de ser sólo una cuestión de poder y tecnología.

Los mecanismos del poder y la tecnología sólo tiene efectos verdaderos cuando se incorporan a la manera de pensar de la gente, ensanchando su horizonte y ampliando su escala de referencia. Por eso, que todos los problemas esenciales sean problemas mundiales y que la situación sea una situación de la humanidad entera no es sólo consecuencia de los avances tecnológicos y los cambios en la estructura de la política internacional, sino fundamentalmente será resultado de un cambio de mentalidad que impone una modificación del tipo de reconocimiento del otro.

La insuficiencia de la tecnología para cambiar el tipo de relación entre hombres y grupos humanos la confirma el propio conflicto. La experiencia militar nos enseña que sólo la tecnología no modifica el diseño del campo de batalla. Es preciso que los cambios técnicos, con todo su nuevo potencial, se integren en una nueva doctrina y en una nueva organización para ser verdaderamente innovaciones militares que arrastren un cambio de mentalidad y de reconocimiento del otro. La Revolución de los Asuntos Militares impuso a las Fuerzas Armadas norteamericanas un modelo de guerra en el que la supremacía era sólo una cuestión técnica. El enemigo era sólo un grupo de objetivos que había que identificar, ordenar, atacar y destruir hasta que el castigo fuera suficiente para dejar las cosas claras a los tiranos del mundo. En este panorama, el enemigo sólo es reconocido como blanco que se ataca hasta que decide rendirse. La única gran decisión del otro es el hasta donde está dispuesto a aguantar. Sin embargo, el fracaso de este modelo en Irak y Afganistán ha

impuesto una nueva aproximación donde la supremacía es fundamentalmente una cuestión humana porque de lo que se trata es de conquistar los corazones y las mentes de la población.

La necesidad de corregir un planteamiento equivocado, que ha provocado enormes pérdidas, está imponiendo una nueva forma de relación con el enemigo. Ya no se trata de matar terrorista, ahora lo que se busca es aislarlos de la población y destruir su causa. Este cambio de función impone un cambio primero de doctrina, después de organización y finalmente de mentalidad. Las Fuerzas Armadas del mundo occidental están en ello desde el año 2004. Pero los cambios que puedan arrastrar serán insuficientes, en tanto que sólo afectarán a las operaciones militares. La aproximación cultural de los ejércitos a las operaciones militares tiene una función clara: facilitar el éxito en el campo táctico, operacional y estratégico. La cultura de los demás importa al soldado en tanto que su conocimiento es de aplicación y facilita el cumplimiento de la misión. Seguramente solo muy pocos se atreverán a ir más allá. Para un oficial de Estado Mayor sería un atrevimiento pensar que la misión, la que se recibe y la que se ordena, debería ser definida en función de los parámetros culturales del ambiente en el que se interactúa. Ahora bien, si alguno de estos pocos llegara tan alto como para lograr influir en la autoridad que decide sobre los medios, los fines, los riesgos, las reglas y los tiempos sería posible aumentar el alcance de la transformación.

La historia de la guerra está llena de discontinuidades. La idea del cambio ha preocupado a todos los grandes teóricos porque estaban convencidos de dos cosas: la primera, que la principal tarea del soldado en tiempo de paz es prepararse para ganar la próxima guerra y, la segunda, que la próxima guerra no será igual que la anterior. Los cambios técnicos, sociales, políticos y culturales tienen sus efectos en la forma de hacer la guerra. Clausewitz lo anunciaba diciendo que:

«Cada tiempo tiene sus propias formas peculiares de guerra, cada tiempo por tanto tiene su propia teoría de la guerra. Quienes deseen entender la guerra deben dirigir una mirada atenta a los rasgos principales de cada época.»

Pero en nuestro mundo globalizado un mismo tiempo cronológico no necesariamente se corresponde con una misma época.

Alvin Toffler en su libro: *La tercera ola*, aparecido en el año 1980, organiza la Historia según criterios técnicos. Según Toffler, hubo una primera ola,

de una muy larga vigencia histórica, en la que las aplicaciones tecnológicas estaban asociadas al esfuerzo humano, con un predominio de la actividad agrícola. La segunda ola alcanzó su apogeo con la Revolución Industrial, con una duración histórica mucho más corta, en la que el esfuerzo mecánico, sustituyó al esfuerzo humano, y dio origen a la sociedad de masas. Finalmente, la tercera ola es hija de la Revolución Tecnológica, de la que surge una sociedad regida por los flujos de información. Es la era del conocimiento, de la desmasificación de la producción, donde producir ya no es el problema, la cuestión es atender a las demandas de los grupos humanos que eligen sus preferencias. Pero esta estructura de la Historia se proyecta en un solo tiempo cronológico, el que nos toca vivir, por eso el mundo está trisecado, fragmentado aunque globalizado.

En este panorama, la realidad no sólo se transforma por los cambios impuestos por la matriz tecnológica, sino que además la transformación técnica conlleva un cambio psicológico de la sociedad, una redefinición de las relaciones sociales y, también, de las relaciones de poder, como señala Toffler en *Powershift* (1990) o en *Creating a new civilization* (1995). La política internacional y las relaciones ya no están determinadas por los Estados-Nación en declive, sino por fuerzas emergentes como las grandes corporaciones mundiales, los medios de comunicación y la opinión pública.

Esta visión trisecada del mundo, esta visión tridimensional, que organiza el espacio en tres planos no es exclusiva de los Toffler. Peter Taylor, en su obra: *Geografía Política: economía del mundo, Estado-Nación y localidad*, descubre un modelo que coloca a los distintos protagonistas internacionales según sus procesos productivos en el centro, la periferia y la semiperiferia. La posición no es la clave que ordena el espacio y el poder. Los procesos técnicos se convierten en el factor decisivo para entender quien es quien y la técnica, igual que la ciencia, no deja de ser un producto cultural. Tres códigos culturales y tecnológicos que conviven en un mismo tiempo cronológico, tres épocas distintas que se reparten un mismo mundo, cada una de ellas con su propia forma de hacer la guerra y su propia forma de reconocimiento del enemigo, de los combatientes y del conjunto de la población.

Las diferencias entre civilizaciones son relevantes aunque por supuesto al final, la guerra, la victoria, la derrota y la muerte son entendidas por todas las culturas, sin necesidad de traducción. La carga de significado de las primeras palabras, de las protopalabras, es tan fuerte

como para atravesar cualquier frontera cultural o técnica. Desde luego muerte y guerra son unas de esas pocas palabras que inevitablemente entran a formar parte de ese selecto grupo intemporal de términos que todo el mundo entiende. La esencia de la guerra está al alcance de la comprensión de todos, independientemente de donde y cuando haya nacido.

La forma de hacer la guerra es diferente pero su naturaleza es la misma. La guerra, sin importar cómo se plantea, es una forma de comunicación. La guerra es la madre de todas las formas de comunicación, porque utiliza un lenguaje universal, un discurso entendido por todos y un discurso ineludible. Un discurso construido sobre la base de dos categorías, la de la vida y la de la muerte. Además, la guerra es comunicación porque necesariamente es cosa de dos y exige reconocer al enemigo como interlocutor. Cada contendiente debe luchar para poderse probar como interlocutor válido.

Entender la contradicción que puede suponer la existencia de diferentes formas en una sola naturaleza no es fácil. Las guerras entre mundos son siempre asimétricas, y en este tipo de guerras, si queremos evitar el total aniquilamiento del enemigo, el conocimiento de la población y su cultura son relevantes, pero, asimétricas o no, las guerras son guerras. El conocimiento del idioma del adversario, de sus usos y costumbres, de su religión, de su literatura, de su estructura social, de sus aspiraciones, de sus amores y odios, de su cultura no es un saber por el saber. Cuando el conflicto está por medio, la cultura es un saber al servicio de un poder, es una cultura para oficiales de Estado Mayor no para profesores de Universidad, una cultura para la acción no para la especulación.

La naturaleza de la guerra no necesita ser traducida. Pero Gómez Suárez de Figueroa no quería instalarse en la dinámica del enfrentamiento. Su propósito era buscar una fórmula para construir una paz capaz de integrar un orden de seguridad, con un orden de libertad y justicia. Desde esta disposición la cultura y la lengua se convierten en un factor determinante. Esta visión de la paz como encuentro fecundo, y no sólo como simple ausencia de violencia, convierte a la dimensión cultural no en un elemento que alimenta el conflicto sino en un mecanismo de construcción de un orden posible, estable y digno para todos. Quizá lo curioso es que un indio español lo descubriese con tanta claridad hace cuatro siglos, sobre todo cuando en la actualidad las grandes potencias, especialmente Estados Unidos, se asombran al reconocer la necesidad de

poner el acento en los aspectos culturales a la hora de abordar la gestión del conflicto.

Los conflictos de Irak y Afganistán y la falta de éxito de la primera potencia del mundo frente a enemigos asimétricos mucho más débiles han provocado una revisión de las doctrinas militares que todo lo fiaban a la tecnología. Cuando en marzo de 2003, Estados Unidos pusieron en marcha la operación *Irak Freedom* sus mandos políticos y militares pensaron que se enfrentaban a una breve campaña. Desde luego entonces, nadie estaba muy preocupado por el impacto cultural de las operaciones. La guerra sería corta y la reconstrucción sería algo parecido a lo que se venía haciendo en Kosovo. Pero pronto descubrieron que sus estimaciones estaban equivocadas. La identidad tribal, religiosa, partidista, regional y la cultura de las Fuerzas Armadas norteamericanas tendrían un papel determinante en el desarrollo del conflicto, en el planteamiento de las operaciones de respuesta y en las interrelaciones entre los protagonistas. En Irak y Afganistán la guerra centrada en la tecnología, la guerra centrada en las plataformas de ataque, da paso a una nueva forma de solución del conflicto: la centrada en la cultura.

En este nuevo escenario Gómez Suárez de Figueroa, su vida y su obra, puede tener algo interesante que aportar aunque sea español, aunque sea indio, aunque viviera en el siglo XVI, aunque fuera católico. Podríamos seguramente decir que tiene algo que aportar precisamente porque era español, indio y católico. Fue bautizado y vivió siendo niño en una de las primeras casas señoriales españolas en Cuzco, pero fue su madre y sus parientes indios los encargados de atender al pequeño educándolo en la tradición de su pueblo. Un pueblo del que formaba parte como hijo de la princesa Isabel Chimpu Ocllo, sobrina de Huayna Cápac, el último emperador *Tahuansintuyo* (4). Su condición de miembro de una familia imperial desplazada por la conquista no le impidió abrazar con entusiasmo la fe católica y también la cultura y tradición de España, tanto como para, con el paso del tiempo, convertirse en una de las figuras más admirables de las letras americanas en español.

Prueba de su identidad española es su reconocida fe católica, en el año 1597 recibió órdenes menores, y su afecto por su padre Sebastián Garcilaso de la Vega, del que acabaría adquiriendo el nombre. Además sirvió como soldado en los ejércitos del Rey de España a las órdenes de Don

(4) Forma de designar en quechua al Imperio Incaico.

Juan de Austria en la campaña de las Alpujarras, donde luchó contra los moriscos y alcanzó, como su padre, el empleo de capitán. De esta manera descubrimos la naturaleza del mestizaje de Gómez Suárez de Figueroa, conocido como el Inca Garcilaso de la Vega. Un mestizaje no sólo de sangre sino también de cultura, tan eficaz como para permitir a España poner en marcha el más rápido de los mecanismos de integración. En una sola generación fue posible forjar una identidad española de los americanos. El resultado es verdaderamente sobresaliente. Factores culturales irreconciliables se integran en una generación nueva capaz de trascender la diferencia, obligada a trascenderla para no verse forzada a renunciar a una parte de sí misma. El resultado de este proceso es algo más que una subordinación frente al poder que se impone. No es sólo el sometimiento ante una cultura superior, tampoco una absorción sin más de lo antiguo y caduco por lo nuevo. El proceso del Inca Garcilaso de la Vega es un proceso, como en parte de su generación, de incorporación. El resultado es un injerto español en una base americana.

La fusión de elementos inmiscibles fue posible por la existencia de un soporte, en una de las vías culturales, que asciende por encima de la diferencia y del conflictivo choque de poderes y culturas. La universalidad católica de la fe cristiana permite trascender por encima de cualquier herejía de los tiempos pasados, redimiendo cualquier origen, cualquier idioma, cualquier cultura, cualquier sistema de signos y significados. En este caso la inculturación cristiana hizo posible el mestizaje.

El potencial de la religión cristiana para permear la cultura de éstos o de aquéllos lo descubre con claridad, al analizar los secretos de su éxito, Arnold Toynbee en su libro: *El mundo y Occidente*, donde se enfrentan la ofensiva militar, política y económica de la Roma pagana a la contraofensiva religiosa que viene de Oriente. Una extraña nueva religión que se funda en ideal de fraternidad humana que supera el choque de culturas y que además está abierta a todos los seres humanos, sin ninguna discriminación, llevando al hombre a una unión personal con Dios, donde se encuentra hermanado con todos los demás humanos.

Inculturación y cultura estratégica de España

No es fácil encontrar una definición satisfactoria del concepto inculturación, que va tomando cuerpo en la teoría de las culturas, y su aplicación al diálogo. Tampoco es fácil relacionarlo con el encuentro entre ciencia y

religión. El que fue padre general de la Compañía de Jesús, Pedro Arrupe, escribió hace más de 30 años, en su carta sobre la inculturación de 14 de mayo de 1978:

«La inculturación es la encarnación de la vida y mensaje cristianos en un área cultural concreta, de tal manera que esa experiencia no sólo llegue a expresarse con los elementos propios de la cultura en cuestión (lo que no sería más que una superficial adaptación), sino que se convierta en el principio inspirador, normativo y unificador que transforme y re-cree esa cultura, originando así una nueva creación.»

La Compañía de Jesús fue desde el principio pionera e impulsora de la inculturación. San Ignacio descubrió, por las cartas de su hermano en la Compañía San Francisco Javier, la importancia de evangelizar China. El santo navarro, patrón de las misiones, escribía en el año 1549 desde Kagoshima, ciudad japonesa, una carta destacando la importancia de aprender las lenguas locales de Oriente para poder convertir a esos hijos de Dios. San Francisco Javier estaba persuadido completamente, haciéndoselo saber a San Ignacio, de la obligación misionera de aprender la cultura de los pueblos que se querían evangelizar para poder traducir a sus categorías el mensaje de salvación cristiano.

El padre Mateo Ricci, al que el profesor Wolfgang Franke considera el puente cultural más sobresaliente de todos los tiempos entre China y Occidente, también era jesuita. La Compañía de Jesús con la inculturación, el estudio de la lengua china, el uso de la ciencia y, sobre todo, el gran respeto por la cultura china, se adelantaron a su tiempo. El método de evangelización que aplicaron en China pretendía aprovechar todo lo que hubiera de aprovechable en los pueblos de misión. El objetivo era adaptar el cristianismo a la cultura china y adaptar la cultura china al cristianismo, siempre que pudiera ser integrado.

Recientemente, con ocasión de la conmemoración de los 400 años de la muerte del padre Ricci, el papa Benedicto XVI, en una carta dirigida al obispo de Macerata, ciudad natal del padre jesuita, resalta que a pesar de las dificultades el padre Ricci se mantuvo fiel hasta la muerte a su estilo de evangelización, aplicando una metodología científica y una estrategia pastoral que respetaban las tradiciones locales. El padre Ricci estaba convencido de que la Revelación podía integrar las costumbres y los rasgos de otras culturas sin perder su esencia y que este procedimiento haría más eficaz la predicación. El papa Benedicto XVI aplaude

la iniciativa del jesuita padre Ricci y termina relacionándola con la tarea misionera de los Padres de la Iglesia en el momento del encuentro del cristianismo con la cultura grecoromana.

Pero no sólo la Iglesia católica resalta la metodología de los jesuitas en China. Respecto a este asunto Arnold Toynbee destaca la sobresaliente actitud y original aproximación de los misioneros de la Compañía de Jesús en China que creo merece la pena transcribir:

«El método de los jesuitas en su empresa de propagar el cristianismo en China era tan diferente y tan prometedor en sí mismo, y lo es hasta tal punto hoy, que nuestra discusión del encuentro de los pueblos asiáticos con el Occidente sería incompleta si no tomáramos en consideración la línea que los jesuitas abrieron en China y la India. En lugar de tratar, como hemos estado nosotros tratando después, de desengranar del cristianismo una versión secular de la civilización occidental, los jesuitas se propusieron separar del cristianismo los ingredientes no cristianos de la civilización occidental y presentar el cristianismo a los hindúes y chinos, no como religiones locales del Occidente, sino como una religión universal con un mensaje para toda la humanidad. Los jesuitas despojaron al cristianismo de sus accidentales e irrelevantes accesorios occidentales y ofrecieron su esencia a los chinos y a los hindúes, vestida con un ropaje intelectual y literario chino e hindú, respectivamente, en el que no existían desagradables bordados occidentales que causaran mala impresión a las sensibilidades asiáticas. Este experimento se malogró en el primer ensayo por culpa de disensiones domésticas en el seno de la Iglesia Católica Romana de entonces y que no tenían nada que ver con el cristianismo ni con China o con la India; pero, considerando lo que la India, China y el cristianismo son aún en el mapa, podemos esperar y esperamos ver cómo se ensaya otra vez el experimento.»

Este largo párrafo termina con una predicción que presupone el redescubrimiento de una metodología de incorporación utilizada con éxito en el pasado y que no nos resulta del todo ajena, aunque la evangelización en América no siempre se ajustó a este modelo. En gran medida la dificultad para aplicar la nueva metodología está relacionada con nuestra cultura estratégica de entonces, que era fruto de la guerra contra el islam. El impacto de una guerra prolongada de 800 años contra el islam creó

una tensión que polariza al otro, creando cierta rigidez en la religión cristiana en España:

«Los europeos se sienten primariamente cristianos, y no sólo en religión, sino en todos los órdenes de la vida, porque la presencia de la otra fe y el otro estilo vital solidifica su creencia y la extiende por todo su horizonte» (5).

Pero la aspiración hispana de incorporar al diferente es también consecuencia de la Reconquista.

La cultura estratégica de la España del siglo XVI está afectada por ocho siglos de lucha por recuperar un destino perdido. El resultado es una peculiar forma de entender el poder y su función. La Monarquía Católica buscó en la península Ibérica primero y luego en América no sólo conquistar territorios sino sobre todo repoblarlos de europeos, es decir repoblar España de cristianos. La limpieza de sangre no era una exigencia étnica sino fundamentalmente una garantía de pureza en la fe.

La cultura estratégica puede definirse como un conjunto de creencias y costumbres compartidas por un grupo humano, que surge como consecuencia de su experiencia común, de los mitos que conforman su identidad y de su ambición como grupo. Atendiendo a este planteamiento la cultura estratégica es un producto de la memoria, de la identidad y de la voluntad de un actor estratégico.

La cultura estratégica necesita de la memoria, es un producto no de la historia sino de la memoria de un agente. No tiene tanto que ver con lo que realmente pasó sino sobre todo con lo que me interesa tener presente. Es una forma de seleccionar en el pasado lo que me sirve de él. La memoria tiene una función en el presente que no es reconstruir el pasado sino ponerlo en valor, ponerlo a trabajar para el aquí y ahora. Recordamos lo que nos interesa recordar porque nos sirve y, cuando deja de servir nuestro recuerdo, pierde vigencia. La memoria fija las vigencias de la cultura estratégica de un Estado porque escoge lo que ha sido útil a lo largo del tiempo y rechazar lo que no ha dado resultado o dándolo ha dejado de tener aplicación hoy.

La memoria de una sociedad es selectiva, en tanto que está afectada por lo que esta sociedad identifica como éxito o fracaso. Un cambio en las per-

(5) MARIAS, Julián: *España inteligible: Razón histórica de las Españas*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

cepciones impone la obligación de bucear en la historia para seleccionar lo que se quiere recordar. El resultado es una fragmentación de la realidad histórica. Memoria e Historia tienen funciones distintas. Por eso cuando llega la crisis, cuando lo que ofrece la memoria deja de servir, es necesaria una revisión de la Historia para empezar a olvidar y comenzar a memorizar nuevos pasados. Son las dificultades las que obligan a poner en cuestión la validez de nuestros recuerdos y entonces la necesidad nos obliga a, mirando a la Historia, buscar que puentes hay que cruzar y que puentes hay que quemar. Quemar un recuerdo es empezar a dar soluciones a los nuevos problemas. La relectura de la Historia supone un gran esfuerzo, no solo por lo que hay que aprender sino sobre todo por lo que hay que olvidar.

La cultura estrategia de la España del siglo XVI es fruto de la reconquista y del espíritu de frontera que la acompaña. Inevitablemente, el impacto de esta larga experiencia dejaría una profunda huella en la memoria de los españoles. Los fines y los medios, los riesgos y las reglas, se identifican en el recuerdo de las victorias y derrotas de una experiencia de ocho siglos, en la que la espada no resuelve de un golpe el conflicto. Una vez aprendidas las lecciones de la frontera, el éxito no sólo se busca en la superioridad en el campo de batalla. La reconquista es un esfuerzo en la lucha contra el infiel pero también es un gran esfuerzo de repoblación y conversión.

La larga guerra de ocho siglos, la guerra prolongada de 800 años, enseñó a España a considerar que tan importante como conquistar territorios con las armas es importante conquistar la identidad de la población que habita esos territorios. La reconquista de España es una reconquista de los españoles que se habían perdido con la invasión del islam. La expulsión de judíos y moriscos que vino después es el resultado de la imposibilidad de bautizarlos como españoles, incorporándolos al único cuerpo común. Sin embargo, en América no pasó lo mismo.

España fundó 20 pueblos al otro lado del Atlántico:

«Los cuales, mal que les pese y para su fortuna han recibido la herencia psíquica y temperamental española, he aquí por qué puede afirmarse que la España musulmana ha desempeñado un papel activo y no marginal en el pasado de Hispania, es decir, la Península y de sus hijas de América» (6).

(6) SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio: *La España musulmana*, editorial Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1973.

La gran prueba entrelazó las actividades guerreras con las pacíficas de la convivencia y la tolerancia destilando un producto distinto, único, diferente, exclusivo y valioso que se llama Hispanidad.

Interesante experiencia la nuestra que nos descubre cómo a una guerra sostenida y ganada inicialmente por la fe religiosa en el islam:

«Se intentó oponer otra fe bélica, grandiosamente espectacular, apta a su vez para sostener al cristiano y llevarlo al triunfo» y de esta manera establecer «una correlación en cuanto al uso bélico de las creencias» (7)

Una prueba de 800 años que fue posible en una época caracterizada por el predominio de la creencia sobre cualquier otra dimensión humana, al margen de cualquier otra dimensión humana. Trasladarla a nuestro tiempo no tiene sentido, sin embargo, despreciar lo que ofrece de enseñanza sería una torpeza.

Nuestra forma de actuar en el mundo, construyendo un imperio en el siglo XVI, es consecuencia de nuestra experiencia común, de los mitos que conforman nuestra identidad y de nuestra ambición como pueblo. Esta realidad forjó una cultura estratégica que da vida al alma de las instituciones encargadas de emplear los medios de la Monarquía Católica para alcanzar los fines de la nación española. Las derrotas del siglo XVII y siguientes se encargarían de enseñarnos que el pecado la sobreextensión estratégica se llama bancarrota. El trauma del colapso del Imperio Español dio vida progresivamente a una nueva cultura estratégica española y como consecuencia a un cambio en la cultura corporativa de las instituciones.

Las instituciones aprenden y algunas veces son capaces de adaptar su cultura, sus valores, sus intereses, sus prioridades, sus presupuestos, su organización, sus medios, su doctrina y su enseñanza a los nuevos conocimientos. El modelo de aprendizaje de las instituciones parece ajustarse al esquema conductistas que nos permite explicar con facilidad el proceso de cambio interno utilizando sencillas reglas de asociación. Una institución tiende a repetir aquellas conductas que producen buenos resultados, tiende a responder a los mismos estímulos con los mismos comportamientos. En el caso de las Fuerzas Armadas su forma de entender el poder militar, su función y su forma de empleo dependen

(7) CASTRO, Américo: *La realidad histórica de España*, editorial Porrúa, México, 1962.

de su propia historia militar. Una historia de éxitos y fracasos que anima a repetir siempre los comportamientos que han proporcionado victorias y escapar de las conductas que han llevado a la derrota. El modelo que precipita después está relacionado con los estímulos positivos y negativos que se han recibido.

El problema surge cuando la respuesta deja de tener relación con el estímulo y su entorno. La necesidad de actuar, la necesidad de responder de forma inmediata, puede traducirse en una acción desajustada a la amenaza y su contexto. La sobrereacción o la infrareacción son en gran medida resultado de la prisa y de la urgencia. Cuando se siente la imperiosa necesidad de hacer algo y hacerlo inmediatamente, normalmente las instituciones hacen lo que saben hacer mejor. Es decir, si no sabemos bien a que nos enfrentamos entonces lo mejor es actuar como siempre, aunque no venga a cuento.

Este tipo de errores nos son exclusivos de los ejércitos de España. Cuando Estados Unidos han utilizado la fuerza de forma masiva para aplastar al enemigo y conseguir una rendición incondicional del adversario las instituciones militares han sido recompensadas con el aplauso. Recordemos la victoria de Norte contra el Sur, la victoria de Estados Unidos contra España en el año 1898, la victoria en la Primera Guerra Mundial, la victoria en la Segunda Guerra Mundial, la victoria en la guerra fría. Por el contrario, cuando han apostado por guerras limitadas, guerras prolongadas, guerras asimétricas el castigo social contra la institución ha sido tan fuerte como para romper su autoconfianza. Las respuestas seguidas por una recompensa se fortalecen y las seguidas por un castigo se debilitan. Ivan Paulov lo podría haber explicado mejor.

La rígida y decidida identificación con un modelo de guerra de desgaste y aniquilación con el paso del tiempo se convirtió en un paradigma irrenunciabile para los militares norteamericanos:

«I will be dammed if I will permit the U.S. Army, its institution, its doctrine, and its traditions to be destroyed just to win this war» (8).

El modelo de guerra americano estaba compactamente adherido a la propia memoria institucional y a la cultura corporativa de los Ejércitos de Estados Unidos. Un modelo donde la exigencia táctica no deja espacio

(8) Cita anónima atribuida a un general norteamericano refiriéndose a la guerra de Vietnam. Aparece en BRIAN Jenkins, M.: *The Unchangeable war*, Rand Corporation, Santa Monica, 1970.

para la relación de los políticos con militares. La historia de la nación americana en guerra refuerza la idea de que la política termina cuando la guerra empieza; una vez que la guerra ha comenzado los militares asumen la primacía sobre los políticos (9). Una vez que la nación nos arrastra al infierno, porque la guerra es el infierno, no queda más remedio que apurar el trago. Las preferencias son claras, fuerzas abrumadoras en masa de fuego y superioridad tecnológica además de predilección por el asalto directo y violento. La guerra asimétrica no es la forma preferida de hacer la guerra para Estados Unidos, no se ajusta al *American way of war* (10).

No todo el mundo tiene una segunda oportunidad pero algunas veces los más fuertes después de recibir el primer golpe pueden intentar levantar-te y reaccionar. Si de lo que se trata en este momento es de conseguir nuevas habilidades, *a mastery of irregular warfare*, el primer paso debería ser darle la vuelta a la interpretación oficial de toda la historia militar de Estados Unidos. Las guerras indias de repente pueden convertirse en uno de los capítulos importantes de la nueva revisión del pasado. Robert D. Kaplan en su libro: *Gruñidos imperiales*, comienza con un prólogo titulado «Territorio indio». De esta forma, desde la primera página, el autor quiere descubriarnos el nuevo escenario donde se encuentran desplegadas las fuerzas militares de Estados Unidos para librar una nueva guerra. La guerra contra el terrorismo, la nueva guerra americana, consiste a fin de cuentas «en domesticar la frontera» (11).

La reinterpretación histórica ha comenzado a institucionalizarse. El manual de campo FM 3-07 *Stability Operations* publicado en octubre de 2008 reconoce que sólo un puñado, apenas una docena, de las cientos de operaciones militares de Estados Unidos desde el inicio de la Revolución Americana son guerras convencionales:

«*Contrary to popular belief, the military history of the United States is one characterized by stability operations, interrupted by distinct episodes of major combat.*»

(9) NAGL, John A.: *Learning to eat soup with a knife. Counterinsurgency lessons from Malaya to Vietnam*, The University of Chicago Press, Chicago, 2005.

(10) WEIGLEY RUSSELL, F.: *The American way of war: A History of United States Military Strategy and Policy*, Indiana University Press, Bloomington, 1973

(11) KAPLAN, Robert D.: *Gruñidos imperiales, el imperialismo norteamericano sobre el terreno*, Ediciones B, S. A., Barcelona, 2007.

Las revisiones históricas modifican, por supuesto, la cultura corporativa; alterando la inteligencia, el comportamiento, la interpretación incluso las percepciones de las organizaciones. La interpretación de la Historia no es una cuestión menor, fija una narrativa que pone en orden e interpreta la información dándole sentido. Un cambio en la narrativa institucional supone un cambio en las percepciones, que por supuesto termina afectando a los juicios, decisiones y actuaciones. Un cambio de narrativa significa un cambio de identidad. La percepción implica el reconocimiento instantáneo de un todo gracias a patrones internos y de lo que se trata es precisamente de cambiar los patrones internos para de esta forma indirecta modificar las respuestas. El proceso de aprendizaje supone asimilación y acomodación, es decir tiempo, trabajo, nuevas interpretaciones, nuevas prioridades y nuevas lecturas.

The Spanish way of war

Curiosamente, en este tipo de asuntos, aquí en España sí que tenemos antecedentes y experiencias. En los tiempos de Viriato ya existían guerrilleros con valor y más coraje que el «caballo de Espartero». Seguro que históricamente tenemos algo que ofrecer. Ocho siglos de reconquista, cuatro siglos de imperio, dos siglos de guerras civiles permanentes marcan la historia política y militar de España. Necesariamente nuestra larga experiencia en guerras irregulares, guerras de guerrillas, guerras de frontera, guerras populares, guerras civiles, guerras coloniales, luchas contra el terrorismo, guerras subversivas, guerras prolongadas y guerras sin batallas tienen que dejar huella en la memoria institucional y colectiva de España. Nuestra historia puede ofrecer lecciones aprendidas y también lecciones por aprender. De imperio y frontera sabemos un poco, de luchas internas sabemos también, en temas relacionados con el terrorismo y la violencia política somos expertos. La nueva forma de guerra, el nuevo enfoque, refleja el modo español de hacer la guerra, *The Spanish way of war*.

El espíritu de cruzada ha estado presente con mayor o menor intensidad en la mayoría de las guerras de España. La guerra contra Napoleón fue para muchos españoles la lucha contra Satanás. Posiblemente por eso, la guerra no convencional moderna nace en España en el año 1808. Nuestra guerra de la Independencia es el primer capítulo de la historia moderna de la guerra asimétrica. Cuando se trata de estudiar este tipo de guerra son muchos los que empiezan por recordar que «guerrilla» es

una palabra acuñada en España. Tanto Clausewitz como Jomini se sintieron profundamente impresionados por la guerra popular española, una forma de guerra capaz de desasosegar a cualquiera conciencia civilizada y sin embargo, una opción cuando de lo que se trata es de resistir.

Clausewitz al referirse a la guerra irregular acepta el riesgo de pagar crueldad con crueldad, de responder a la violencia con violencia para superar al enemigo y volver a encauzarle dentro de los límites de la moderación y humanidad. Durante el año 1809 el maestro prusiano permaneció atento a los acontecimientos y siguió de cerca la sublevación de España con la esperanza de que los alemanes siguiesen el mismo camino (12).

Jomini sin embargo, siente aversión por este tipo de guerra después de experimentarla en primera persona en España dentro del Estado Mayor del mariscal Michel Ney:

«Como soldado que antepone la guerra leal y caballerosa al asesinato organizado, si no quedase otro remedio que elegir entre una u otro, reconozco que mis prejuicios están a favor de aquellos buenos tiempos antiguos en que las guardias francesas e inglesas se invitaban mutuamente a disparar primero, prefiriéndolos a la espantosa época en que sacerdotes, mujeres y niños tramaban en España el asesinato de soldados aislados» (13).

También Carl Schmitt comienza su ensayo *La teoría del partisano* identificando la guerra de guerrillas, protagonizada por el pueblo español durante la guerra de la Independencia, como el punto de partida y origen de una nueva perspectiva en el arte de la guerra capaz de dar:

«Origen a una nueva manera de entender la estrategia y a nuevas teorías sobre la guerra y sobre la política» (14).

La chispa partió de España pero no prendió entonces en el resto de la Europa que resistía a Napoleón, aunque, sin embargo, provocó:

«Una serie de reacciones cuya eficacia alcanza a nuestros días, esta segunda mitad del siglo XX, para transformar la faz de la Tierra y de sus habitantes» (15).

(12) ARON, Raymond: *Pensar la Guerra Clausewitz*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1993.

(13) JOMINI, Henri Antoine de: *Compendio del arte de la Guerra*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1991.

(14) SCHMITT, Carl: *Teoría del partisano*, Folios Ediciones, Buenos Aires, 1984.

(15) SCHMITT, Carl: *Ibidem*, 1984.

Pero no sólo los viejos maestros se fijan en nuestra guerra de la Independencia y nuestras experiencias posteriores. El coronel del Ejército de Estados Unidos John Nagls en: *Learning to eat soup with a knife* recalca en varias ocasiones en nuestras guerras asimétricas. También la insurgencia en Cuba y las Filipinas inspiró a muchos desde el principio. El comandante de la Artillería Real Británica, Charles Callwell en el año 1896 descubría ya las nuevas entonces aportaciones españolas en la lucha contra los rebeldes cubanos y filipinos. Su trabajo: *Small Wars: Their principles and practice* fue durante mucho tiempo una importante referencia en el pensamiento militar del Imperio Británico.

La experiencia histórica española en este terreno no está explorada del todo y posiblemente empezar a hacerlo pueda sorprender a muchos (16). Exportar nuestra historia puede ser rentable para nosotros pero seguramente también para los que pensando como Otto von Bismarck crean también que:

«Los tontos dicen que aprenden de su experiencia. Yo prefiero aprender de la experiencia de los demás.»

Algunos de los grandes problemas de hoy, algunos dilemas, estaban ya presentes en nuestro pasado.

La cultura militar

En gran medida somos lo que recordamos pero también lo que practicamos y además lo que deseamos. Los ejércitos de alguna manera repiten este patrón. Memoria, comportamiento y anhelo agrupan las potencias que dibujan los perfiles de cada organización. La relación de las Fuerzas Armadas con el resto del mundo depende de su experiencia vivida, de su desempeño actual y de su ambición para el futuro. Estos elementos son los que permiten a la institución enfrentarse con una realidad que de otra forma sería en gran medida opaca. La repuesta no se adapta siempre a la situación, la respuesta se adapta a la naturaleza de los protagonistas. Las grandes potencias no saben ganar las guerras pequeñas porque son grandes potencias, sus Fuerzas Armadas deben estar listas para disputar la primacía contra otros grandes poderes. Ser grandes y convencionales es parte de su naturaleza, condicionando su forma de pensar y actuar.

(16) SCHMITT, Carl: «Aún hoy no poseemos una historia completa y documentada de la guerra partisana española», *Ibidem* (1984).

La luz no viene fundamentalmente de fuera sino principalmente de dentro, sin que, por supuesto, los componentes básicos y su interdependencia sean factores rígidamente inamovibles.

Los éxitos y fracasos propios y ajenos, pero más bien los de casa, pueden reconfigurar la memoria, las prácticas y el deseo. Normalmente los ejércitos sólo se adaptan después de haber intentado hacer las cosas como siempre. Es verdad que las cosas pueden hacerse bien o mal, pero los ejércitos empezarán por hacerlas como siempre.

Hacer las cosas como siempre refuerza la integración interna de los diferentes componentes de la fuerza. La unidad hace la fuerza, es la fuerza misma, nada sería más inadecuado que un cambio a destiempo. El ejército está ahí, está dispuesto, no discute, obedece siempre, no pone pegos. El ejército siempre dice poder hacerlo, sólo sabe decir que sí. La fe ciega en la victoria es parte de la instrucción del combatiente. En los momentos de crisis, cuando nadie sabe cómo actuar inteligentemente, el ejército estará siempre dispuesto a hacer lo que sabe. Además lo que sabe hacer lo hace muy bien. Claro está, que en ocasiones la inacción puede ser fatal y la confusión peor pero instalarse obstinadamente en repetir los patrones aprendidos en el campo de instrucción termina siendo contraproducente.

La cultura militar es lo que nos mantiene unidos y seguros dentro de la formación, dentro de la falange. Cuando los demás se sienten paralizados por la confusión o por el miedo, la cultura militar tiene una receta para responder a los problemas de adaptación externa y de integración. Las lecciones aprendidas son lecciones aprendidas:

«Esta historia la enseñará el buen hombre a su hijo, y desde este día hasta el fin del mundo la fiesta de San Crispín y Crispiano nunca llegará sin que a ella vaya asociado nuestro recuerdo, el recuerdo de nuestro pequeño ejército, de nuestro pequeño feliz ejército, de nuestro bando de hermanos» (17).

La fuerza de la cultura militar descansa en la longevidad, la estabilidad y en la intensidad de su experiencia. Sólo hay una profesión más antigua que la de soldado y sólo hay una experiencia más intensa que vivir una batalla. En el contexto de la guerra, los mecanismos de aprendizaje son muy eficaces:

(17) SHAKESPEARE, William: *Enrique V*.

«El que sobreviva a este día y llegue a la vejez, cada año, en la víspera de esta fiesta, invitará a sus amigos y les dirá: mañana es San Crispín. Entonces se subirá las mangas, al mostrar sus cicatrices, dirá: he recibido estas heridas el día de San Crispí. Los ancianos olvidan, empero el que lo haya olvidado todo, se acordará todavía con satisfacción de las proezas que llevo a cabo en aquel día.»

Además el histrionismo de los líderes militares escribe una y otra vez, en tablas de piedra, el viejo decálogo. No importa mucho que el ambiente operacional sea nuevo, que la realidad social y política sea diferente, que el entorno cultural sea completamente extraño, no importa el idioma del adversario, ni tampoco la sensibilidad ni la inteligencia del mundo. La falange sigue aferrada a sus viejos normas, escudo contra escudo, mientras marcha cantando a no se sabe qué. Su determinación, desde luego sublime, puede parecer estúpida, aunque no tanto como la seguridad que genera en los senadores que la ven partir al son de trompetas.

El estudio de la cultura militar y la cultura corporativa de los ejércitos puede ser fundamental para impulsar el cambio y favorecer la adaptación institucional a los nuevos escenarios. Un mecanismo apropiado de revisión puede ayudar primero a olvidar y después a aprender cosas nuevas. Desgraciadamente los valores y las actitudes que se incorporan a la cultura de la organización pueden bloquear el cambio y provocar el fallo conjunto del sistema. Los cambios en la cultura de una institución militar exigen mucho tiempo y el compromiso decidido del núcleo de la élite. Superar la parálisis puede ser menos complicado cuando se cuenta con modelos que favorezcan la reflexión y capaces de ofrecer nuevas alternativas. Buscar modelos fuera y dentro es la primera tarea de los que, en principio, se conforman con empezar por cambiar la narrativa. La Rand Corporation ha sugerido que la aproximación comparativa puede facilitar la transición:

«Comparisons with other armies can highlight different approaches to the preparation and conduct of warfare, some of which may be cultural based» (18).

La terapia no deja de ser interesante, podemos acabar intentando exportar también nuestra historia política y militar.

(18) Citado por CASSIDY, Robert M.: *Counterinsurgency and the global war on terror. Military culture and irregular war*, Praeger Security International, Westport, 2006.

La nueva sensibilidad político-militar y la interpretación integral del *Comprehensive Approach*, tan de moda en las actuales publicaciones doctrinales de los países amigos y aliados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), ya estaba presente en las reflexiones y vivencias españolas de la guerra de Cuba:

«Simultáneamente el Gobierno concentrará todos sus esfuerzos en Cuba, impulsará al Gobierno insular, enviará rápidamente dinero, negociará con los insurrectos, procurará guiar la prensa, luchará en todos los terrenos, pero sin el esfuerzo combinado y la armonía de la acción diplomática con la política, la financiera y la militar, no se domina el conflicto ni se ladea el abismo a donde nos empujan las circunstancias y errores del pasado» (19).

La nueva aproximación del *Comprehensive Approach* no surge de repente entre la copa de los árboles. Sentir la necesidad de integrar a todos los protagonistas, también los medios de comunicación y la opinión pública, no parece en principio necesario cuando uno confía plenamente en la resolución militar del conflicto:

«Las naciones y las Fuerzas Armadas que se consideran materialmente más fuertes que su enemigo, percepción que puede ser o no ser correcta, preferirán por lo general apoyarse en los fiables métodos del desgaste: la ofensiva frontal, la campaña de bombardeo sistemático y el ataque naval directo» (20).

El más fuerte no parece, en principio, sentir la necesidad de aceptar el riesgo de convivir con el enemigo, mucho menos negociar con él, sobre todo si sabe que lo puede derrotar aplastándolo. Para el hiperpoderoso maniobrar no parece, en principio, tener mucho sentido. El problema para el más fuerte consiste sólo en fijar una lista de objetivos para luego batirlos aceptando el precio del desgaste. Este planteamiento convierte al adversario, cuando se tiene suficiente superioridad de medios militares, en un objeto pasivo, en un objetivo, un actor sin voz y sin iniciativa que recibe tanto daño como puede soportar y que finalmente termina aceptando que la paz impuesta por el enemigo es menos insostenible que la guerra protagonizada por el enemigo. Sin embargo, el que se considera más débil o rechaza pagar el precio de las bajas se verá forzado

(19) Párrafo de un escrito atribuido a Segismundo Moret, ministro de Ultramar de la Reina Madre, cita proporcionada Juan Escrigas Rodríguez.

(20) LUTTWAK, Edward N.: *Para bellum: la estrategia de la paz y de la guerra*, Siglo XXI de Editores, España, 2005.

a maniobrar, se verá forzado a incorporar al enemigo al juego. Es decir, el que maniobra considera que el resultado final depende, en mayor o menor medida, de lo que hace o no hace la otra parte.

La ecuación estratégica, la posición, el poder y la debilidad, determinan el modelo de aproximación al conflicto:

«Así, al diseñar políticas militares en tiempo de paz, y también en la conducción de la guerra, hay estilos nacionales definidos que se diferencian por su propensión hacia el desgaste o la maniobra. Estas propensiones no surgen de las condiciones permanentes de las naciones y tampoco de alguna característica étnica. De hecho, debido a que reflejan autoimágenes de relativa fuerza o debilidad material, cambian según el enemigo con el que se establezca la comparación» (21).

En este momento se está produciendo el cambio. El cálculo estratégico es distinto, ha cambiado el signo del resultado y la nueva situación de equilibrio inestable impone un nuevo enfoque. La transición al nuevo modelo en medio de una guerra prolongada y con una crisis económica encima se presenta como la tormenta perfecta. Tormenta que no puede entenderse sin descubrir que la victoria tiende a evolucionar hacia la derrota y que el aumento de poder contiene en sí la causa de su propio fracaso.

La vida va siempre por delante de la doctrina, de las palabras, de las ideas, de los proyectos y por eso la vida sorprende siempre. La debilidad consiste en no poder contestar a la vida, que siempre sorprende viviendo. Es la vida en la historia la que permite acoger un mensaje y para poder hacerlo no sólo es preciso estar vivo sino también querer seguir viviendo.

La batalla de las ideas y la renovación de los discursos

Las relaciones de fuerza, soporte tradicional del cálculo estratégico, han dejado de ser el pivote decisivo del equilibrio en las relaciones internacionales. Esta afirmación, si fuera cierta, pondría en cuestión la validez de un enfoque realista del sistema internacional basado en el equilibrio de poder. La crítica al poder y a la fuerza, como base del sistema de medida

(21) LUTTWAK, Edward N.: *Ibidem*.

y referencia fundamental de la posición y posibilidades de los actores internacionales, está relacionada con la creciente insuficiencia de los factores materiales y de las dimensiones tangibles para reflejar las posibilidades de éxito de cada parte en un supuesto enfrentamiento. El orden está en cuestión porque el sistema de desigualdades que fija la realidad del poder no es aceptado por todos, esto no es nuevo, pero además, y esto sí que es nuevo, el orden del realismo político tiembla porque para algunos protagonistas recién llegados al juego el peso del poder ha dejado de ser el precepto de referencia. Los críticos atacan no sólo el orden sino sus propias leyes. En una época en que:

«Todo tiende a exaltar la imagen por encima de la realidad que esa imagen pretende representar existe un peligro cierto de que perdamos por completo nuestra capacidad para distinguir lo real de lo que no lo es» (22).

La heterodoxia, aprovechando el momento, se instala en la confusión y reafirma la irrealidad de lo real para convertir esta tendencia en el fundamento de su discurso. La nueva filosofía especula con el dominio de lo inmaterial. En este terreno, donde las controversias no pueden resolverse, el más débil puede tener oportunidad de colocarse a la misma altura del más fuerte y desafiarle.

Lo impensable se apunta como una opción cuando lo real y lo virtual se confunden. Entonces, la imaginación cree poderlo todo y se rompen todos los límites. La naturaleza de las cosas y la razón dejan de ser un impedimento. Poder desearlo es poder hacerlo, conformarse con menos es ser culpable. No importan los medios la clave son los fines. Si el cambio es conveniente la vanguardia es responsable de que se produzca, al margen de cualquier cálculo, sin mirar el coste ni tampoco el crédito. El replanteamiento de la situación deja de ser político y deja de ser estratégico porque el arte de la política y el arte de la estrategia son las artes de lo realizable. Las viejas estimaciones no sirven en el mundo globalizado misteriosamente por la tecnología, donde no se impone el álgebra de lo realizable sino la retórica de lo imaginable, triunfa no lo que se puede tocar sino lo que se puede visualizar. La virtualidad de la Red y de los medios de comunicación crea nuevas fronteras donde se instalan nuevas conciencias con un nuevo enfoque, que no parte de los hechos ni de la situación.

(22) KENNAN, George F.: «Moralidad y política exterior», *Política Exterior*, julio-agosto de 2004.

El panorama de referencia utilizado por los nuevos actores internacionales construidos en la Red y en los medios no es estratégico y, por lo tanto, el papel que exigen no depende de los fundamentos de poder y soberanía sino exclusivamente de su voluntad de afirmación y de protagonismo. Al desaparecer la molesta realidad y cambiar la lógica estratégica de la acción por la lógica ideológica de la ficción todo de repente se coloca al alcance de la mano. El proceso de sustitución de la realidad y de la razón por la virtualidad de la ideología termina entronizando al «histrionismo de la moralidad» en las relaciones internacionales, por supuesto a «expensas de su sustancia». La tentación llama a la puerta de todos.

La batalla decisiva termina siendo exclusivamente una batalla de ideas, todos los demás frentes son secundarios, todos los demás escenarios se cierran, todas las demás dimensiones se ocultan, facilitando un ascenso a los extremos sin ningún tipo de restricción, sin ningún tipo de condicionamiento. El veredicto del choque de fuerzas no cuenta porque no se acepta como definitiva ninguna derrota, ningún resultado es el último hasta la gloria del último día. La larga marcha siempre encontrará un santuario en algún rincón escondido de la Red desde el que poder seguir atacando. En esta resistencia sin fin, la aceptación de las propias limitaciones deja de ser uno de los signos de la verdadera moralidad y la propia autoafirmación se convierte en la medida de todas las cosas. Este presupuesto anuncia una guerra eterna más que prolongada, una guerra sin final, porque la lucha en el campo de las ideas no impone necesariamente un resultado, no fuerza la ruptura de la igualdad de los contendientes.

La guerra se enquistada en el tiempo, ninguna batalla es grande porque ninguna es concluyente, ninguna es decisiva. Al renunciar a lo real se renuncia a la política y de esta manera la guerra, donde la política encuentra su continuación, se olvida de su hora decisiva. No hay paz política porque no hay acuerdo sobre los fines pero tampoco puede haber paz estratégica porque no se acepta ningún equilibrio de fuerzas. Clausewitz deja de inspirar a una guerra que se olvida de que el duelo es su esencia, no se busca desarmar al enemigo con el ataque ni evitar ser desarmado con la defensa, sólo se busca resistir en la propia creencia, desapareciendo de esta manera la objetividad y la autonomía del cálculo estratégico. Esta excepcionalidad sin fin en una guerra que no se agota nunca es peligrosa en un mundo donde existen armas de destrucción masiva. Sobre todo si tenemos presente que:

«Mientras no haya derribado al adversario puedo temer que me derribe» (23).

Este principio siempre gravita sobre la Seguridad Nacional que por eso es siempre relativa y no deja de ser una insistente llamada que empuja a los contendientes al ascenso a los extremos.

La única esperanza nace de la posible renovación de los discursos y esta posibilidad sólo se puede presentar cuando la realidad se convierte en el punto de partida desde el que reconstruir todos los planteamientos. La participación política impone servidumbres, porque la realidad es tan limitada como ambiciosas sean nuestras aspiraciones, pero sin embargo ofrece la posibilidad de introducir cambios, de modificar, de alterar, de redefinir el Estado de la cuestión de forma favorable. Es el juego político, el arte de lo posible, que aspira a hacer posible lo que se entiende justo y necesario. Mantenerse por encima de las posibilidades que ofrece la realidad, no es signo de virtud, no acredita la consistencia de los ideales, por el contrario pone en evidencia incapacidad para romper el aislamiento del pensamiento respecto de la acción.

Los españoles en el pasado intentaron conquistar el mundo para salvarlo y al ser derrotados se volvieron sobre sí mismos para salvarse de los herejes, de los apóstatas y de los infieles. El ascenso y la caída son fruto de la misma creencia:

«España era o se creía el pueblo de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de trompetas o para atajar el Sol en su carrera» (24).

El resultado es un destino histórico inalcanzable, imposible de cumplir para España, a pesar de su vaciamiento:

«Es como si Dios avisara por la lengua de la historia universal contra la pretensión de exclusividad» (25).

Entre la nostalgia y el conformismo hay vida para el que sostiene una actitud restauradora que confía en la capacidad de la propia propuesta de absorber la novedad sin perder su alma. La parálisis de la creencia ha sido durante mucho tiempo un pecado español, aunque no sólo nuestro.

(23) CLAUSEWITZ citado por Andre Gluskman, *opus citada*.

(24) MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Historia de los heterodoxos españoles*, Homo Legens, Madrid, 2007.

(25) JASPERS, Carl: *Origen y meta de la Historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.

El afán por preservar la pureza y la apariencia de control en la unidad del discurso empujaron a muchos a confiar en la posibilidad de detener el tiempo y aislar el propio mundo del resto. El inmovilismo no es un pecado exclusivo de nadie pero la naturaleza del poder determina las posibilidades de un régimen para oponerse al signo de los tiempos:

«Un sultán idiota podía paralizar el Imperio Otomano de una manera que ni un papa ni un emperador del Sacro Imperio podían hacerlo con Europa» (26).

Aquí y allá muchos han utilizado el poder para impedir el cambio y la crítica pero al final el polvo, la ineficacia y el cansancio desarman cualquier intento de levantar murallas alrededor de un reino de eremitas. Existir en el mundo, a la intemperie, tiene un precio y obliga sino al vaciamiento sí al cambio. El Sol sale cuando le toca pero levantarse cada día implica una elección y supone una renovación costosa que impone un dejar atrás algo propio a lo que se renuncia y que se debe dar por perdido.

(26) KENNEDY, Paul: *Auge y caída de las grandes potencias*, editorial Plaza Janes, Barcelona, 1993 .